

yo, me iba diciendo los nombres y las cosas. . Primeramente costeamos los muelles de Tofana, con su cuartel de artillería. La ciudad de Tofana, alzándose en escalones de casas revocadas, como ramilletes de flores, agrupados al rededor de la mezquita de mármol, iba á morir bajo los altos cipreses del gran campo de los muertos de Pera: esta cortina de sombría verdura remata las colinas por este lado. Deslizábamonos por entre una multitud de buques al ancla de innumerables caiques que llevaban á Constantinopla los oficiales del serrallo, los ministros y sus kiaias, y las familias de los armenios que la hora del trabajo llamaba á sus factorías. Estos armenios son una raza de hombres soberbios, noble y sencillamente vestidos, con un turbante negro y un largo ropon azul ceñido al cuerpo con un chal de cachemira blanco. Sus formas son atléticas; sus fisonomías inteligentes; pero vulgares; tienen la tez colorada, los ojos azules, la barba rubia; son los suizos del Oriente; laboriosos, pacíficos, regulares como ellos, pero como ellos calculadores y codiciosos; ponen su ingenio traficante al servicio del sultan ó de los turcos; nada hay de heroico ni de belicoso en esta raza de hombres. El comercio es su vida y bajo todos los gobiernos serán comerciantes: son, de todos los cristianos los que mas simpatizan con los turcos. Prosperan y acumulan las riquezas que estos desatienden y que se les escapan á los griegos y á los judíos; todo es-

tá aquí entre sus manos. Son los dragomanes de todos los bajás y de todos los visires. Sus mugeres, cuyas facciones tan puras; pero mas delicadas, recuerdan la serena hermosura de las inglesas ó de las labradoras de los montes de Suiza, son admirables, lo mismo que los niños. Los caiques en que van están llenos de canastillos de flores que traen de sus caseríos.

Empezamos á torcer la punta de Tofana y á resbalar á la sombra de los grandes navíos de guerra de la armada otomana, surta en la costa de Europa: estas enormes moles duermen aquí como en un lago. Los marineros, vestidos, como los soldados turcos, con chaquetas coloradas ó azules, están indolentemente reclinados en los obenques, ó se bañan al rededor de la quilla. Grandes chalupas cargadas de tropas van y vienen de la tierra á los navíos, y los elegantes botes del capitan-bajá, conducidos por veinte remeros, pasan, como flechas, junto á nosotros. El almirante Tahir-Bajá y sus oficiales van vestidos con unas levitas oscuras, llevan en la cabeza el fez ó gran gorro de lana roja que se encasquetan hasta las cejas, como corridos de haberse despojado del noble y gracioso turbante. Estos hombres tienen un ademan melancólico y resignado; van fumando en sus largas pipas con boquilla de ámbar. Ahí se ven hasta unos treinta buques de guerra bien contruidos, y

que parecen á punto de dar la vela; pero no hay ni oficiales ni marineros, y esta magnífica armada no es mas que una decoracion del Bósforo. Mientras que el sultan la contempla desde su kiosko de Beglierbey, situado frente por frente, en la costa de Asia, las dos ó tres fragatas de Ibrahim-Bajá poseen en paz el Mediterraneo, y las barcas de Samos dominan el Archipiélago. A pocos pasos de estas naves, en la orilla de Europa que voy siguiendo, paso por debajo de las ventanas de un largo y magnífico palacio del sultan, no habitado á la sazón y que parece un palacio de amphibios; las olas del Bósforo, por poco que las arremoline el viento, rasan las ventanas y lanzan su espuma á las habitaciones del piso bajo. Los escalones del ingreso llegan á las aguas, y las puertas enrejadas dan entrada al mar hasta los patios y los jardines, donde se amarran los caiques, y donde están los baños de las sultanas que pueden nadar en el mar al abrigo de las persianas de sus salas.

Detras de estos patios marítimos, los jardines de lilas y de rosas se alzan en escalones sucesivos, sustentando terrenos y kioskos enrejados y dorados. Esas graciosas florestas van á perderse en grandes bosques de encinas, de laureles y de plátanos, que cubren las cuestas y se alzan con los peñascos hasta la cumbre de la colina. Las habitaciones del sultan están abiertas, y veo por las

ventanas, las ricas molduras doradas de los techos, las arañas de cristal, los divanes y las colgaduras de seda:—las del harem están cerradas con densos enrejados de madera elegantemente labrados. Inmediatamente despues de este palacio, empieza una serie no interrumpida de palacios, de casas y de jardines de los principales validos, ministros ó bajás del Gran-Señor. Todos duermen sobre el mar, como para respirar su frescura. Sus ventanas están abiertas; los amos están sentados en divanes, en espaciosas salas resplandecientes con oro y sedas, fumando, conversando, tomando sorbetes y mirándonos pasar: sus salas dan tambien sobre unos terrados cubiertos de arbustos y de flores que se siguen formando anfiteatro. Los numerosos esclavos, ricamente ataviados, están, por lo comun, sentados en los escalones que baña el mar; y los caiques, montados por sus remeros, están en el borde de aquellas escalinatas, prontos á recibir y á llevarse á los dueños de aquellas suntuosas moradas. Dó quiera los harenes forman un ala un poco separada por jardines ó patios, de la habitacion de los hombres; todos están enrejados;—solamente veo de cuando en cuando la cabeza de un hermoso niño que asoma entre las flores de las enramadas para mirar el mar, y el blanco brazo de alguna muger que entorna ó cierra una persiana. Estos palacios, estas casas son todas de madera, pero muy ricamente trabajada, con aleros, galerías y

barandillas infinitas, y todos están cubiertos y rodeados de sombras, de plantas rastreras y de bosques de jazmines y de rosas: todos están bañados por la corriente del Bósforo, y tienen patios interiores donde penetra el agua del mar y se renueva, y donde están á cubierto los caiques. El Bósforo es tan profundo en todas partes, que pasamos bastante cerca de la orilla para respirar el embalsamado ambiente de las flores, y para que descansen nuestros remeros á la sombra de los árboles. Los mas grandes buques pasan tan cerca como nosotros, y muchas veces una verga de un bergantín ó de un navío se enreda en las ramas de un árbol, en un emparrado, ó aun en las persianas de un balcon, y huye llevándose pedazos del follage ó de las casas. Estas casas no están separadas unas de otras mas que por grupos de árboles, ó por algunos ángulos de peñascos cubiertos de yedra y de musgo, que descenden de las cumbres de las colinas y se internan algunos piés dentro del agua: solo de cuando en cuando una ensenada mas ancha y profunda se abre entre dos colinas separadas y hendidas por el hueco cauce de un torrente ó de un arroyo. Entónces se estiende una aldea en las llanas orillas de estos golfos, con sus hermosas fuentes morunas, su mezquita con cúpulas doradas y azules, y su ligero minarete, que confunde su cima con la de los altos plátanos. Las casitas revocadas se alzan formando anfiteatro á ambos lados y

en el fondo de estos reducidos golfos, con sus fachadas y sus kioskos de mil colores; en la cima de las colinas, se estienden grandes caseríos, flanqueados por jardines suspendidos y grupos de pinabetes de anchas copas, y limitan los horizontes. Al pié de estas aldeas hay una plaza ó un muelle de granito de algunos pies de anchura: estas playas están plantadas de sicomoros, de vides, de jazmines y forman toldos hasta en el mar, bajo los cuales se ponen á la sombra los caiques: allí están surtos multitud de barcos y de bergantines del comercio de todas las naciones: fondean enfrente de la casa ó de los almacenes del armador, y muchas veces un puente echado desde el del buque hasta la ventana de la casa sirve para trasportar las mercancías. Una turba de muchachos, de vendedores de dátiles, de frutas y de verdura, circula por estos muelles, que vienen á ser el mercado de la aldea y del Bósforo; allí se ven reunidos marineros de todos los países en medio de los osmanlis, que fuman sentados en sus alfombras, junto á las fuentes, al rededor del tronco de los plátanos.

Ninguna vista de las aldeas de Lucerna ó de Intersaken pueden dar una idea de la gracia y de la pintoresca originalidad de estas pequeñas ensenadas del Bósforo; es imposible no pararse un momento para contemplarlas. De cinco en cinco minutos, con corta diferencia, se hallan de estos pueblos, puertos ó aldeas, en la primera mitad de

la costa de Europa, es decir, por espacio de dos ó tres leguas; luego van siendo menos frecuentes, y el pais toma un carácter mas agreste á causa de la elevacion cada vez mayor, de las colinas y de la profundidad de los bosques. No hablo aquí mas que de la costa de Europa, porque á la vuelta describiré la costa de Asia, mucho mas hermosa todavía; pero es preciso no olvidar, para formarse una imágen esacta, que esta costa de Asia no está mas que á algunas brazas de la colina que voy siguiendo; que muchas veces me hallo tan cerca de una como de otra, y que las mismas escenas que pinto en Europa arrebatan los ojos cada vez que se vuelvan á la costa de Asia;—pero volvamos á la orilla que tengo mas cerca. Hay un sitio, pasado el último de estos puertos naturales, en que el Bósforo se acañala, como un ancho y rápido rio, entre dos cabos de peñascos que bajan perpendicularmente de lo alto de sus dobles montañas; el canal, que serpentea, parece á la vista enteramente cerrado allí; solo á medida que uno avanza le ve desarrollarse y torcer detras del cabo de Europa, luego ensancharse y abrirse como un lago, para sustentar en sus márgenes las dos ciudades de Terapia y de Buyukderé. Del pié á la cima de estos dos cabos de peñascos cubiertos de árboles y de espesa vegetacion suben unas fortificaciones medio arruinadas, y se lanzan unas enormes torres blancas, almenadas, con puen-

tes levedizos y torreones, de la forma de las hermosas construcciones de la edad media: estos son los famosos castillos de Europa y de Asia, desde donde Mahometo II sitió y amenazó por tanto tiempo á Constantinopla antes de penetrar en ella; se alzan, como dos blancas fantasmas, del negro seno de los pinos y de los cipreses, como para cerrar la entrada de estos dos mares. Sus torres y sus cubos, suspendidos sobre los buques navegando á toda vela; los largos ramos de yedra que penden, como mantos de guerreros, sobre sus tapias medio arruinadas; los peñascos grises que los sostienen y cuyos ángulos salen del bosque que los rodea; las grandes sombras que proyectan sobre las aguas, hacen de este sitio uno de los puntos mas caracterizados del Bósforo: aquí pierde parte de su aspecto esclusivamente gracioso, para presentar uno ya gracioso, ya sublime. Algunos cementerios turcos se estienden á sus piés, y los turbantes labrados de mármo blanco salen de trecho en trecho de entre las enramadas, bañados por las olas. ¡Felices los turcos! siempre reposan en el lugar de su predileccion, á la orilla de la corriente cuyo murmullo los ha encantado, visitados por las palomas que sustentaban en vida, embalsamados por las flores que ellos plantaron; si no poseen la tierra durante su vida, la poseen despues de su muerte,—y no se arrojan los restos de las personas á quienes se ha amado, en

esos muladares públicos de donde el horror rechaza al culto, á la piedad de los recuerdos.

Mas allá de los castillos, el Bósforo se ensancha; las montañas de Europa y de Asia se elevan mas ásperas y mas desiertas; solo las orillas del mar están todavía sembradas de trecho en trecho de casitas blancas y de pequeñas mezquitas rústicas sentadas sobre un collado junto á una fuente ó bajo la copa de un plátano. La aldea de Terapia, residencia de los embajadores de Francia y de Inglaterra, ciñe la playa un poco mas léjos; las altas selvas que la dominan proyectan sus sombras sobre los terrados y las praderas de ambos palacios, pequeños valles, encajonados entre los peñascos, forman límites de las dos potencias. Dos fragatas, una inglesa y otra francesa, surtas en el canal en frente de cada palacio, están constantemente allí para aguardar la señal de los embajadores, y llevar á las escuadras del Mediterráneo los mensajes de guerra ó de paz. Buyukderé, lindísimo pueblo situado en el fondo del golfo que forma el Bósforo en el momento en que se tuerce para ir á perderse en el mar Negro, se estiende como una cortina de palacios y de quintas por las faldas de dos sombrías montañas. Un hermoso muelle separa los jardines y las casas del mar. La escuadra rusa, compuesta de cinco navíos, de tres fragatas y de dos barcos de vapor, está surta delante de las azoteas de los palacios de Rusia, y forma una ciudad encima de las aguas,

en frente de la ciudad y de las deliciosas florestas de Buyukderé. Las lanchas que llevan órdenes de un buque á otro, las embarcaciones que van á hacer aguada á las fuentes ó á pasear á los enfermos por la playa; los yatchs de los jóvenes oficiales, que luchan como caballos de carrera, y cuyas velas, inclinadas bajo el viento, mojan las olas; los cañonazos que retumban en las profundidades de los valles de Asia, y anuncian que nuevos bajeles desembocan del mar Negro; un campamento ruso establecido en las abrasadas faldas de las montañas del Gigante en frente de la escuadra: la hermosa pradera de Buyukderé, á la izquierda, con su grupo de maravillosos plátanos, uno solo de los cuales da sombra á un regimiento entero; los magníficos bosques de los palacios de Rusia y de Austria, que coronan la cumbre de las colinas; una multitud de casas elegantes y adornadas con balcones, que ciñen los muelles, y cuyas rosas y lilas penden, en festones, del borde de las azoteas; los armenios con sus hijos, llegando ó partiendo sin cesar en sus caiques llenos de ramos y de flores; el brazo del Bósforo, mas sombrío y mas estrecho, que empieza á descubrirse estendido hácia el brumoso horizonte del mar Negro; otras cordilleras de montañas, enteramente desnudas de aldeas y de caseríos, y alzándose entre las nubes con sus negras selvas, como formidables límites entre las revueltas del mar, de las tempestades, y la magnífi-

ca serenidad de los mares de Constantinopla; dos castillos uno en frente de otro, en cada orilla, coronando con sus baterías, sus torres y sus almenas las alturas avanzadas de dos sombríos cabos; luego, en fin, una doble línea de peñascos cubiertos de selvas, que van á morir en las azules aguas del mar Negro:—tal es el punto de vista que se disfruta desde Buyukderé. Añádase à esto el tránsito perpetuo de una hilera de naves que van á Constantinopla ó salen del canal, segun que el viento sopla del Norte ó del Mediodía; estas naves son á veces tan numerosas que, un dia, volviendo en mi caique conté cerca de doscientas en ménos de una hora. Suelen navegar en grupos, como aves que cambian de clima; si el viento varía, dan bordadas de una á otra orilla, yendo á virar bajo las ventanas ó bajo los árboles de Asia ó de Europa; si refresca la brisa, fondean en una de las innumerables ensenadas ó en la punta de los pequeños cabos del Bósforo, y un momento despues vuelven á cubrirse de velas. A cada minuto, el paisaje, vivificado y modificado por estos grupos de buques á la vela ó al ancla, y por las diversas posiciones que toman á lo largo de las costas, muda de aspecto, y hace del Bósforo un maravillose kaleidoscopo.

Quando llegué á Buyukderé, tomé posesion de la lindísima casita en el muelle donde M. Truqui tuvo la bondad de ofrecirme su doble hospitalidad, y en la que pasaremos el verano.

La misma fscha.

Parece, despues de la descripcion de esta costa del Bósforo, que la naturaleza no podrá sobrepujarse á sí misma, y que ningun paisaje puede esceder en hermosura al que acabo de admirar; y sin embargo, al volver esta noche á Constantinopla, he seguido la costa de Asia y me parece mil veces mas hermosa que la de Europa. La costa de Asia, no le debe casi nada al hombre; la naturaleza lo ha hecho todo en ella! No hay allí ni Buyukderé, ni Terapia, ni palacios de embajadores, ni ciudad de armenios ó de francos; no hay mas que montañas, desfiladeros que las separan, graciosos valles alfombrados con praderas que se alzan entre las raices de los peñascos, arroyos que serpean por ellas, torrentes que los blanquean con su espuma, bosques suspendidos en sus faldas, que se deslizan por sus quebradas, que descenden hasta las orillas de los numerosos golfos de la costa; una variedad de formas y de tintas, que el pincel de un pintor de paisajes no podria inventar; algunas casas aisladas de marineros ó de hortelanos turcos, esparcidas de trecho en trecho por la playa, ó en la cumbre de una frondosa colina, ó agrupadas en la punta de los peñascos á cuyos piés se desata la corriente en olas azules como un cielo nocturno; algunas blancas ve-

las de pescadores que se internan en profundas ensenadas, y que se ven resbalar de un plátano á otro como un lienzo seco que recogen las lavanderas; innumerables bandadas de pájaros blancos que se enjugan á la vera de los prados; grandes águilas que tienden el vuelo desde las montañas al mar; los mas misteriosos ancones, enteramente cerrados por peñascos y árboles gigantes, cuyas ramas inundadas de hojas, se doblan sobre las aguas, y forman encima del mar anchas bóvedas en que se meten los caiques.

Una ó dos aldeas escondidas en la sombra de estos ancones, con sus huertos situados á sus espaldas en verdes pendientes, y sus grupos de árboles al pié de los peñascos, con sus barcas medidas por el agua serena á sus puertas, sus bandadas de palomas sobre los tejados, sus mugeres y sus niños á las ventanas, sus ancianos sentados al pié de un plátano junto á un minarete;—los labradores que vuelven de los campos en sus caiques; otros que llenan sus barcas de fagotes verdes, de mirtos ó de brezos en flor, para secarlos y quemarlos en invierno;—escondidos detras de aquellos montes de verdura pendientes de los costados de la barca, no se distinguen ni la barca ni el remero, y cree uno ver un pedazo de la orilla, arrancado por la corriente, flotar á la ventura sobre el mar, con sus verdes hojas y sus olorosas

flores. Este aspecto ofrece la orilla hasta el castillo de Mahometo II que, tambien por este lado, parece que cierra el Bósforo como un lago de Suiza; allí, cambia de caracter; las colinas menos ásperas son tambien mas bajas, y abren mas suavemente sus estrechos valles; ya allí se estienden mas ricas y frecuentes algunas aldeas asiáticas; las aguas dulces de Asia, bellísima llanura cubierta de árboles, de kioskos y de fuentes morunas, se abren á la vista;—gran número de carruages de Constantinopla, especies de jaulas de madera dorada, sostenidas sobre cuatro ruedas y tiradas por dos bueyes, circulan por las praderas; de ellas salen algunas mugeres turcas cubiertas con sus velos, y se sientan al pié de los árboles ó en la orilla del mar, con sus hijos y sus esclavas negras; varios grupos de hombres están sentados mas lejos, tomando café ó fumando; la variedad de los colores de los trages de los hombres y de los niños, el color oscuro del velo monótono de las mugeres, forman bajo todos estos árboles el mas extraño y gracioso mosaico de colores; los bueyes y los búfalos rumian en las praderas; los caballos árabes, cubiertos de jaeces de terciopelo, de seda y de oro, bracean junto á los caiques que abordan en tropel, llenos de mugeres armenias y judías;—estas se sientan destapadas sobre la yerba, á la márgen del arroyo, formando una cadena de matronas y doncellas con diversos arreos y acti-